

¿Por dónde pasaban los Romanos los Montes Obarenes para ir a Puente Larrá?

El territorio que hoy corresponde a nuestra provincia de Burgos, cayó en su totalidad bajo el imperio de los Césares de Roma. Una tupida red de vías romanas cubría toda la región, facilitando la circulación de sus tropas y afirmando su dominación. La mayor parte de esos caminos romanos, más o menos deteriorados, han llegado hasta nosotros, han sido cuidadosamente estudiados por eruditos propios y extraños y están trazados en los mapas de la España Romana.

Queda, sin embargo, en un rincón del ángulo nordeste de nuestra provincia una vía romana de no mucha extensión, aunque de gran interés histórico, que hasta el día de hoy ha sabido esconderse a la pertinaz búsqueda de los más inteligentes investigadores. Yo la he descubierto, como quien dice, por casualidad, y vengo a arrancarle su secreto para legítima satisfacción de tantos beneméritos escudriñadores.

¿Por dónde pasaban los Romanos los Montes Obarenes para ir a Puente Larrá?

Los Antrigones, que habitaban esta región, hallábanse divididos en dos porciones: los unos al norte y los otros al mediodía de dichos montes. Unos y otros gemían entre las uñas de las águilas extranjeras. Los conquistadores habían de estar en perpetuo movimiento de una a otra parte. Ahora bien la ingente mole de los Montes Obarenes con sus crestas no interrumpidas de elevados y agudos peñascales, absolutamente inaccesibles, y más para un grupo considerable de gente armada con su impedimenta, se atravesaba de por medio, cerrándoles el paso desde Frías hasta las Conchas de Haro. Contados eran los puntos en que, atenuando los montes su fragosidad, permitían un paso nunca fácil ni seguro.

Desde luego el sitio más indicado y más directo parecía el desfiladero de Pancorbo, porque allí, al desaguarse el lago de la Bureba, habían rasgado las aguas hasta su base la alturá imponente de la sierra, abriendo un portillo sumamente estrecho, por donde se escurren apretujándose el Oroncillo y la carretera de Francia. Pero hay que considerar que, al menor amago de revuelta en el país, y más teniendo encima a los Cántabros nunca sojuzgados, ni los soldados romanos ni ningún ejército del mundo osarían meterse en aquel angosto callejón de tres kilómetros de largo, sin tener previamente dominadas las altísimas cumbres que al Este y al Oeste lo flanquean en

toda su extensión. Los Romanos nunca trazaron sus caminos por estrechos y hondonadas, como dice Hergueta, citando a D. Francisco Coello en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, sino por mesetas y lomas divisorias. Por esto los arqueólogos con unánime criterio rechazan el paso por el desfiladero de Pancorbo.

Otro había al Occidente, por el portillo de Busto. Sin duda por allí pasaba un camino romano, que salía al valle de Tobalina y seguía a Santander y a Castro-Urdiales, bases de activo tráfico. En aquella dirección era un camino de conocida utilidad; mas para ir a Puente-Larrá, resultaba igualmente impracticable, porque la salida del valle del Ebro por Sobrón a Puente-Larrá forma otro callejón parecido al de Pancorbo, largo y tan excesivamente angosto, que únicamente deja lugar para el cauce del río, por manera que el canal tiene que ir colgado sobre la margen derecha, bordeando los entrantes y salientes de las montañas, y sobre la margen izquierda se desenvuelve penosamente la carretera en una seria inacabable de curvas peligrosas.

Ya no quedaba más que otro paso al oriente de Pancorbo por Foncea. Este paso por Foncea era el único que no resultaba del todo impracticable, y por lo mismo se granjeó las simpatías de no pocos eruditos, que no veían salida por otro camino. A mí, sin embargo, tampoco este paso me satisfacía, y la razón es, porque no le encontraba conforme a la psicología del conquistador romano, siempre decidido, avasallador, rectilíneo, desconocedor de las argucias de la curva, amigo de superar los obstáculos, con prudencia y cautela, pero a pecho descubierto. Foncea cae demasiado al oriente de los Montes Obarenes, allá en sus últimas estribaciones riojanas. Era muy considerable la vuelta que había de dar para llegar a Puente Larrá.

Un secreto instinto parecía sugerirme que el paso tenía que hallarse más en frente, más en el centro de la sierra.

Los arqueólogos no lo conocían, ni yo tampoco hubiera dado con él, no obstante ser nacido en Pancorbo, si los azares de la vida no me hubieran obligado a vivir largas temporadas en una finca mía, sita en un pueblecito, que en siglos remotos se apellidó Molina de Obarenes, y ahora se llama simplemente Obarenes. Allí, en el corazón mismo de la sierra de su nombre, hube de hacer frecuentes excursiones a caballo, hoy en una dirección, mañana en otra, de suerte que vine a tener conocimiento *de visu* de todos los vericuetos de aquella parte de la sierra. En estas idas y venidas, se me ofreció ocasión de descubrir el paso a que en el presente artículo me refiero. Véamos cómo sucedió el hallazgo.

A poco de llegar a aquellos andurriales, se me ocurrió comprar una veintena de colmenas en la antiquísima granja de Piralengua, en otros tiempos Piedralengua o Piedraluenga, situada al nordeste de Obarenes, en el descenso de la sierra, teatro, por lo que refieren las crónicas, de sucesos espantables. Para trasladar a mi finca las colmenas adquiridas, se empleó un carro de vacas. No sin sorpresa advertí que por aquellos parajes tan abruptos y extraviados existía un camino relativamente cómodo, por el cual rodaba el carro sin dificultad. Aquello me pareció algo extraordinario, y llegué a sospechar si sería algún trozo de vía romana desconocida. No estaba em-

pedrada, pero tampoco lo necesitaba por cuanto se deslizaba casi constantemente sobre terreno firme, a poca distancia de la roca. Las puntas de ésta asomaban en ciertos sitios en medio del camino, mas tampoco eran obstáculo, ya que los Romanos andaban a pie y a caballo, más que no en carros delicados.

En el transcurso del tiempo tuve que ir por la contraria vertiente del mediodía a un pueblecito arrimado al pie de la sierra, que anteriormente se llamó Villanueva del Conde y al presente se llama Villanueva de Teba. El camino lleva el nombre de *camino de la Bureba*, porque pasando en lo alto de la sierra el portillo de Villanueva, más propiamente llamado portillo de Rebatacapas, sin duda por los vientos furiosos que allí se desatan en determinados días del año, viene a caer en la Bureba, y propiamente en el mencionado pueblo de Villanueva de Teba.

Ya de atrás me había llamado la atención aquel camino que se remontaba faldeando suavemente la sierra con anchura tal que, cuando por aquellas breñas se me tronzaba alguna vaca, mi carro de bueyes subía fácilmente para bajarla. No me explicaba yo la construcción de semejante camino en aquellas alturas. Y todavía subió de punto mi admiración el día que fui a Villanueva, cuando, al bajar la sierra, me encontré en un camino suave, espacioso, perfectamente trazado y ejecutado. Entonces con mayor insistencia pensé que aquello debía de ser una vía romana.

He aquí que otro día se me acerca una chica de uno de mis pastores y me muestra una monedita de plata, que se ha encontrado en el camino de que vengo hablando. Está limpia y perfectamente conservada. Ha notado que no es española y me la ofrece. La acepto; un día que vengo a Burgos, la traigo. Se la enseño a mis buenos amigos Huidobro y Monteverde, y convienen desde el primer momento en que es un *Honorius*. Con el constante ajeteo de mi vivir no sé a dónde fué a parar la tal monedita. Los vecinos de Obarenes me aseguraron que no era la única moneda romana que había parecido por aquel camino.

Agregóse que, aunque peinaba canas hacía tiempo, cuando andaba en estos trotes, no se me había olvidado que allá en mi niñez, hojeando un Diccionario latino-español, aguijoneado por infantil curiosidad, había leído: «*Excubiae, arum*, f, pl., Obarenes». Como conocía el sitio; por haber ido de excursión, me chocó mucho la referencia y se me quedó grabada en la memoria.

Con todos estos datos acabé por hacer mi composición de lugar. Los Romanos conocieron a Obarenes y le dieron nombre; circularon por aquel camino, pues perdieron monedas y ciertamente un *Honorius* que obraba en mi poder. Reconocieron la importancia estratégica de aquel lugar para asegurar el paso por aquellos montes, y establecieron en él un puesto de guardia, como lo indicaba el nombre que le habían dado. A mayor confirmación hallábase en el camino la granja de Piraluenga. Cuando comunicaba mis impresiones al Sr. Huidobro, en cuanto pronuncié aquel nombre, exclamó: «¡Piraluenga! *Petra... leuca...*; vía romana segura; no cabe duda».

En consecuencia, vine a deducir que, en efecto, había descubier-

to una vía romana que yo ignoraba, continuación de otra que llegaba a Santa María Rivarredonda, y por Villanueva de Teba se encaramaba al portillo de Rebatacapas en los Montes Obarenes, descendía por el camino de la Bureba al pueblecito de Obarenes, surcaba el valle en dirección norte al pie de mis montes Encinar y Hayal, dejaba atrás los corrales de Espéruga, bajaba al soslayo por la granja de Piralongua y desembocaba en el camino que más tarde fué carretera de Pancorbo a Bilbao; seguía por delante de Moriana hasta rozar los muros de Santa Gadea del Cid y caer sobre Puente Larrá, donde se encontraba una barca para pasar el Ebro. A la mano izquierda de la carretera, según se va a Bilbao, recuerdo haber visto algún trozo de este camino abandonado, y debe de ser el más notable el que pasa por la portería del convento de El Espino, formando la cuerda de un arco con la actual carretera.

Tengo para mí que ésta era la vía por donde los Romanos pasaban los Montes Obarenes para ir a Puentelarrá o regresar de allí a este otro lado; porque era la más directa, la más breve y, a pesar de lo escabroso de los montes, la menos expuesta.

* * *

Pero esto asentado, pica de nuevo la curiosidad e incita a seguir adelante pretendiendo averiguar a cuál de las vías romanas conocidas podría adjudicarse este ramal. Empresa grave en verdad, en la cual no se puede aspirar a la certidumbre absoluta; pero si otros escritores se aventuraron a posibilidades y conjeturas, ¿por qué los demás no nos aventuráramos? ¿Quién sabe si de estas conjeturas saltará algún día la luz?

Con estas aspiraciones y al impulso de tales esperanzas voy a poner otra vez sobre el tapete la cuestión de la gran Vía Aquitana, que iba *de Astúrica ad Burdigalam*.

No ignoro que es una cuestión escabrosísima. Los críticos, aún los de mayor y más merecido renombre, se agitan aquí en un mar de confusiones. El mismo Hergueta, mi venerado y queridísimo amigo, que con incomparable tesón, digno de aplauso, se ha esforzado en encontrar una solución razonable, acaba por hacer esta honrosa confesión: «En mi humilde opinión andamos todavía a ciegas en este particular» (1). Y se explica fácilmente, porque no disponen de otra guía que las mansiones señaladas en el *Itinerario de Antonino*; y como quiera que ni se sabe a punto fijo los lugares de dichas mansiones, ni las distancias que las separaban, el tal Itinerario, más que un guía, viene a ser un rompe-cabezas propicio a los cálculos más diversos. Así la primera mansión que se cita, pasado Virobesca, (que es la que en esta ocasión nos interesa) se denomina *Vindeleia* a las once millas, y la segunda, *Deóbriga*, a las veinticinco. Pues bien, para los unos *Vindeleia* es Santa María Rivarredonda, para los otros Pancorbo, para

(1) Véanse el cap. II de sus *Noticias Históricas de la Ciudad de Haro* y sus *Observaciones a un trabajo del Sr. Sánchez Albornoz* en el Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Burgos, número 31.

los otros Foncea. Deóbriga para los unos es Briñas, para los otros Briones, para los otros Puente Larrá, para los otros Miranda de Ebro. En verdad, da miedo meterse en este laberinto. Empero la misma dificultad del asunto, atrae y hace que sean muy de apreciar las mismas probabilidades. Echemos también nosotros nuestro cuarto a espaldas.

Varios autores, y con más empeño Hergueta, pretenden que Vindeleia sea Foncea en la extremidad oriental, conforme dejo anotado, de los Montes Obarenes, y Deóbriga Briñas, continuando la Vía Aquitana por Alegria, Salvatierra hasta Echarri-Aranaz y Aquitania. Considero fuera de discusión que por ese trayecto se encuentran vías romanas, de las muchas que cruzaban esta región en todas direcciones; lo que no me parece tan probable es que fuera ese el itinerario de la Vía Aquitana.

Salta a la vista que el rumbo marcado en dicho itinerario no es el directo Astorga-Burdeos. Cuando no se conocía otro, no teníamos más remedio que aceptarlo como probable, aún lamentando sus defectos; mas una vez descubierto el trozo Santa María Rivarredonda, Obarenes, Puente Larrá, que en el punto más discutido encuentra la recta para Aquitania, varía la situación; la vuelta por Foncea pierde su probabilidad en favor de la otra vía.

El estudiosísimo Hergueta estuvo a punto de dar con el secreto. Enfocó bien el problema, mas no lo pudo llevar a feliz término, por no conocer la nueva vía. Trazó con mano firme una recta desde Briesca hasta Santa María Rivarredonda, mas allí torció a la derecha y se fué a Foncea. Es notable este pasaje, y quiero dejarle consignado aquí, porque favorece mucho a mi opinión. «Ha inducido, dice, a algunos a creer que dicha vía romana (la Aquitana), descendía a los prados de Pancorbo, una vía o camino romano que en Lences arrancaba de otro camino romano, que desde la Vía Aquitana al norte de Quintanapalla se dirigía por Rublacedos, Lences y Poza (Segisama Julia) a Terminón y Oña. Referido camino que arrancaba de Lences, iba en línea casi recta por Movilla, Las Vesgas, La Vid, Fuentebureba y Santa María Rivarredonda; pero desde ese punto, lejos de dirigirse hacia Pancorbo, va a encontrarse con la Vía Aquitana, al N. de Valluércanes, para separarse al poco trecho de ella, y enderezarse rectamente por Treviana y Ochánduri a confundirse con la otra vía de que antes hablamos cerca de Villalobar (Astorga-Tarragona)». Es indiscutible, que todas éstas eran vías romanas; pero tengo por cierto que si el ilustre investigador hubiera conocido el ramal de que tratamos en este artículo, no se hubiera desviado desde Santa María Rivarredonda a Valluércanes y Foncea, sino que hubiera seguido la recta a Puente Larrá a través de los Montes Obarenes.

Porque a mi humilde entender el camino romano, que pasaba por Obarenes, era la gran Vía Aquitana, de Astorga a Burdeos, por manera que Vindeleia estaba en Santa María Rivarredonda y Deóbriga en Puente Larrá o en sus inmediaciones.

Aun sin conocer el paso de Obarenes, la mayor parte de los arqueólogos sostenían esa opinión. Claro que después tropezaban con

la dificultad, hasta el presente no resuelta, de señalar el tránsito de Santa María Rivarredonda a Puente Larrá, llegando algunos hasta apechugar con el paso por el desfiladero de Pancorbo, que en opinión de los demás es inadmisibile. El mismo Fernández Guerra, que primero puso a Vindeleia en Foncea y a Deóbriga en Briñas, mudó luego de parecer y las colocó en Santa María Rivarredonda y en Puente Larrá.

El fundamento más firme para resolver esta cuestión lo tenemos al norte del Ebro. El sabio clérigo D. Lorenzo del Prestamero, en su obra el *Camino romano de Alava*, ha estudiado este asunto prolijamente. De conformidad con este docto arqueólogo, la Real Academia de la Historia, siguiendo el itinerario de Antonino, fija el paso de la Vía Aquitana por Puente Larrá, en esta forma: «La Vía militar de Astorga a Burdeos dirigíase desde Vindelaya hasta el Ebro y pasaba por Puente Larrá, Comuni6n y Bayas, en cuyas inmediaciones debió estar Deóbriga.» (*Diccionario Geográfico-Histórico*, sección primera, tomo I). Abonan esta opinión restos patentes de aquella vía descubiertos en Comuni6n, a corta distancia de Puente Larrá. «La antedicha Vía romana—prosigue el Diccionario citado—según los restos encontrados en Comuni6n y en otros puntos, tuvo una anchura de 24 pies; estaba rellena de gruesa grava, recubierta por una capa más menuda y tenía en sus bordes filas de piedras que le servían de apoyo». Merced a estos descubrimientos, Cristóbal de Castro, en su magnífica obra *Catálogo Monumental de España (Alava)*, ha podido publicar un mapa con el paso de dicha Vía por la provincia.

Tenemos, pues, como admitido comúnmente por los doctos que Deóbriga se hallaba en Puente Larrá o en sus inmediaciones. ¿Dónde se hallaba la estación inmediata de Vindeleia? Tenía que estar al otro lado de los Montes Obarenes, porque, pasados éstos, no quedan hasta Puente Larrá las veinticinco millas que marca el itinerario de Antonino, ni mucho menos. Por fuerza había de ser o Foncea o Pancorbo o Santa María Rivarredonda.

Pancorbo, por las razones expuestas, tiene que ser desechado. Foncea, poniendo, como se pone, el paso del Ebro por Puente Larrá, no puede ser defendido. Queda, pues, como único sitio posible Santa María Rivarredonda.

Entre Santa María y Puente Larrá por Obarenes, la sierra se despoja de los abruptos peñascales que sin interrupción la vienen coronando y ofrece un paso relativamente apacible; la Vía conserva su línea recta; cúmplase mejor que en ninguno de los otros lugares indicados la distancia de once millas de Briviesca, pues tanto Pancorbo como Foncea se hallan bastante más apartados; y así se llega a Deóbriga, cuyo significado etimológico se verifica cumplidamente con el paso del río y la existencia de la ciudad.

Tengo para mí, que de haber conocido el paso de Obarenes, no habrían discutido tanto los arqueólogos acerca de Vindeleia y Deóbriga, y se habrían ahorrado muchos quebraderos de cabeza, porque es el rumbo más racional; pero hasta ahora nadie había levantado el velo que lo ocultaba.

Coello en su mapa tiró una línea por los parajes que indicamos,

queriendo significar una senda. Si hubiese caminado por aquella línea, habría advertido que no se trata de un camino de herradura, sino de un camino de carros. Mi carro de bueyes circuló por él constantemente. Así lo reconocieron los ingenieros militares con el Capitán General de Castilla la Vieja al frente, cuando comisionados por el Gobierno español, estudiaban el magno proyecto del fuerte de Santa Engracia sobre Pancorbo. Decían que este paso es naturalmente fuerte «por pasar un desfiladero que subiendo en continua gradación—por la parte norte—a lo más alto de las montañas, vuelve a descender casi con igual rapidez hacia las llanuras de Castilla: el puerto de Rebatacapas, a quien precisamente han de sujetarse todos los caminos y veredas desde la ciudad de Frías hasta Pancorbo, es un paso absolutamente imposible a artillería gruesa, pues aunque *en la actualidad transitan carros del país*, su rápida pendiente pone una natural oposición a todo cuerpo de mayor peso».

Paréceme que con esto queda suficientemente demostrada la existencia de un paso a través de los Montes Obarenes, que apartándose del temible desfiladero de Pancorbo, sin necesidad de dar una vuelta considerable por Foncea, resulta útil para transitar con carros y mejor aún con tropas de infantería y caballería, el más recto, el más corto entre Santa María Rivarredonda y Puente Larrá, el menos expuesto y por tanto el más aceptable en casos de poca seguridad.

En consecuencia, se me ha ocurrido—y cuanto más lo pienso, más probable lo encuentro—que éste puede, y aún debe de ser, el trozo de la gran Vía Aquitana, que con tantos desvelos y durante tantos años han buscado inútilmente varones doctísimos. Santa María Rivarredonda y Puente Larrá pueden, y deben de ser la Vindeleia y Deóbriga respectivamente del Itinerario de Antonino, por cuanto en ellas se verifican las características conocidas de las referidas estaciones romanas, y que como en ellas—esto sí puedo afirmarlo sin rebozo—no se verifican en ningún otro poblado del país.

Según esto, la gran Vía Aquitana, arrancando de Astorga, llegaba a Briviesca y a Santa María Rivarredonda, saltaba los Montes Obarenes por el lugar de este nombre, caía sobre Puente Larrá, donde finaba el Ebro, y elevándose por los cerros en Comuni6n, para huir de la laguna que llenaba el valle hasta la Nave y quizás hasta Suzana, iba hasta más allá de Miranda buscando un paso hacia el norte, atravesaba de poniente a oriente toda la provincia de Alava, entraba en Navarra, y ganando los Pirineos e introduciéndose por Roncesvalles, terminaba en Burdeos, cabeza de la Aquitania.

Por este camino circularon los Romanos y las generaciones que a ellos siguieron. Sabemos que a principios del siglo IX salía de Valpuesta el buen Obispo Juan con objeto de restaurar las iglesias de la Diócesis de Auca, devastadas por los sarracenos; sabemos que traspuso el Ebro y llegó hasta la Bureba. En su itinerario no se hace mención de Pancorbo, pero sí de *Ovarenes*. ¿Sería aventurado suponer que siguió desde Puente Larrá este camino y por él pasó los Montes Obarenes y se trasladó a la Bureba?

Andando el tiempo, los monjes de San Benito fundaban en el lugar de Obarenes una abadía que, al amparo de los Reyes de Cas-

tilla, prosperaba y se llamaba Santa María la Real de Obarenes. Pues es de advertir que tanto la portería del monasterio como la de su iglesia se abrían a este camino.

Los mismos monjes construían, por mandado de la Santísima Virgen la abadía de Nuestra Señora del Espino, para honrar la memoria de los vecinos de Montañana la Yerma, martirizados todos por los sarracenos. Hoy todavía pueden verse abiertas a este camino la entrada al convento y la entrada a la iglesia; porque aun cuando la moderna carretera de Bilbao se desvió, al aproximarse al convento, queda aún la cuerda del arco que se ha formado y que es, a mi entender, un trozo de la Vía Aquitana.

Y aquí pongo fin a mis observaciones, no sin rendir mi más respetuoso homenaje a cuantos escribieron de distinto modo y que indudablemente estaban más versados que yo en estos menesteres. Los maestros juzgarán.

Cuando manifesté mis impresiones a mis competentísimos amigos Huidobro y Hergueta, concedieronles notable importancia, y con el mayor interés me instaron a que las diese a la luz pública, dejándome entrever que el *Boletín de la Comisión de Monumentos*, siempre galante y acogedor, me cedería sus columnas en bien de la Historia patria. Gracias anticipadas.

Gasté mi vida rodando por diversas regiones de la península, mas no por eso perdí el cariño a la tierra. Ese cariño me trajo a buscar donde nací, el lugar de mi descanso. Si en mis postreros cantares, que nunca serán de cisne, pudiera dedicar un recuerdo a mi patria chica, con mil amores se lo dedicaré.

Tierra bendita, que me vió nacer;
suelo sagrado, donde moriré.

TEODORO DE IZARRA, PBRO.

Burgos, abril de 1939.